

Solemnidad de la Santísima Trinidad. Ciclo B

Rom 8, 14-17

a. Contexto

La relación entre homilía y exégesis es un tema apasionante y de diaria actualidad, entre otras cosas, por no ser fácil acertar en él. Encuentra su desarrollo en la lectura que hace la comunidad cristiana de la Biblia.

Dicho así, compañeros de tareas pastorales, parece algo sencillo, pero esa lectura guarda debajo la recepción viva del texto bíblico, que, redactado definitivamente en un momento histórico, viene leído, vivido ahora.

Es lo que hacen los creyentes desde su propia vida bajo la guía de Dios, hasta plasmar esa recepción en un acto jurídico, como es la formación del Canon.

Luego de éste viene la aplicación y vivencia de la Biblia en cada momento. Ésta es la fuente de la variedad y riqueza de la homilía, que no se ve encerrada, sino basada en la exégesis abierta a la pluralidad de vivencias.

La canonicidad, por tanto, no se agota en lo legal, sino que expresa toda una actitud y una actuación de la Iglesia a lo largo de los tiempos, que da plenitud, vive desde su experiencia lo contenido en el texto.

Podemos decir que la formación del Canon de libros inspirados saca, pone de relieve las virtualidades del texto en su realidad primera, cuando se presentó como fruto inicial de sus autores o autor.

Para la homilía, sólo es condición clave que se parta del texto original, no que se invente otro texto: es decir, la tarea exegética es base de la reflexión teológica y pastoral de la Iglesia.

Y no agota ni mucho menos las posibles lecturas del texto. Pero no se puede prescindir de ella, para no inventar (dicho en palabras sencillas): se ven y se oyen unas cosas...

Yendo al día de hoy, la Carta a los Romanos es el último escrito salido de la actividad epistolar de Pablo. Aparte de si el cap. 16 hace unidad o no con lo anterior, el Apóstol se dispone a visitar Roma o incluso España (Rom 15,28).

Desde Corinto se escribe este texto, resumen de teología paulina, cuyos portadores se desconocen. El origen de la Carta, escrita hacia mitad o final de los años 50, no es propiamente la situación de la comunidad de Roma.

A ésta Pablo no la ha fundado ni la conoce, sino que pretende la propia justificación y la de su evangelio delante de esa comunidad, que era la clave política y geográfica para la predicación del Evangelio a otros pueblos.

El carácter ecuménico de la Carta se ve en el contexto de la colecta para Jerusalén, que había unido a las comunidades de gentiles con la de los judíos de Palestina.

Aparte, este escrito es el testamento espiritual de Pablo y de su escuela: la ley, la realidad universal del pecado, la justificación por la fe, el sentido de Israel y su destino, la gracia, el Espíritu...

Son éstos los temas que dan a Rom su carácter misional y apostólico. Sin todo esto resulta difícil comprender cualquier pasaje de la misma.

b. Texto

El capítulo 8, tan conocido por el papel que Pablo reserva al Espíritu, es un marco estupendo para esta fiesta que hoy celebramos de la Santísima Trinidad.

En un texto bautismal de las comunidades helenistas, Pablo presenta la acción del Padre en Cristo, por cuyo bautismo se recibe la filiación divina, en el don del Espíritu, cuando se recibe el Espíritu de Dios Padre en Jesús: Trinidad.

Junto a este don de Dios viene la herencia-manifestación de la tradición judía y cristiana-referida a los bienes de la promesa desde Abrahán. Ahora se trata de la salvación por la gracia de la fe, no por las obras de la ley.

La dignidad de hijos se experimenta superando la esclavitud de la ley y el estar atados a sus obras. Por eso decimos: Padre. El tema de los sufrimientos, incluidos en la herencia (coherederos con Cristo) procede de la apocalíptica.

La apocalíptica judía es utilizada por Pablo para garantizar así la gloria que se participa con Cristo igualmente. Esto es un elemento recurrente de su epistolografía.

c. Para la vida

La festividad de la Trinidad resulta un momento condensador del misterio de Cristo, vivido en la liturgia, fundamentalmente desde la Cuaresma. A final de curso parece que se nos invita a tomar una conciencia más omnicomprendiva.

Es cuestión de ver los trabajos realizados en favor del Reino y los bienes que Dios nos reporta aquí y ahora, hasta la plenitud futura. Dentro de esos bienes aparece el sentirnos hijos de Dios.

Eso es una realidad no palpable empírica y menos científicamente, que eleva el listón de los valores humanos a un nivel de campeonato extraordinario. ¿No podría presentárseles así a los jóvenes el sentido de la gracia?

¿No serviría esto para hacerles comprender el valor de ser cristianos hoy, de seguir a Cristo? Aquí suena aquella palabra del magisterio de Pablo VI, que hablaba de que la Iglesia es (= debe ser...) experta en humanidad.

Los valores de Dios son para vivirlos, para creérselos, no para saberlos de memoria: entre ellos el de la primacía de Dios, la centralidad de Dios, de que tanto se habla ahora.

Esa centralidad de Dios necesita ser llevada a la práctica en todos los planteamientos personales, comunitarios y pastorales. Así, ¿no sería bueno superar los valores del mundo actual como criterios de acción y de vida?...

Y esto, aunque se utilicen las posibilidades que la ciencia y la técnica nos ofrecen hoy día. ¿Cuál es la diferencia entre gozar de los medios humanos y pastorales y conservar las formas de pensar, sentir y actuar de Dios aquí?

Esto vale, sobre todo, en el ese campo de las seguridades personales y las comunitarias. Con ello se superaría la llamativa dicotomía que a veces parece sentirse entre el lenguaje oficial y el de los documentos.

Esto por un lado, y los criterios de actuación definitiva, por otro. No se trata de la debilidad de coherencia entre los ideales, y la realidad en la vida: eso es una diferencia compresible y achacable a la debilidad humana.

Me refiero a una dicotomía entre ideas y prácticas que puede romper la unidad y significatividad de cualquier presencia evangelizadora. Así no se transparentaría el misterio de la Trinidad en la vida.

En el campo de los derechos no es de recibo entrar en batalla con nadie sin dejar claras las motivaciones evangélicas de cada actuación. En eso consistiría la significatividad de una presencia.

La gente, los jóvenes, la sociedad debe ser puesta en situación de leer el gesto de vida de los cristianos. Otra cosa es que lo acepten y se lo crean... La festividad de la Santísima Trinidad implica la revalidación una vez más de la fe.

Revalidación en los modos de ser y de actuar según Dios aquí y ahora: eso va más allá de determinadas acciones, gestos o cositas que se hagan.